

Testigos, debe participar de las reuniones de los domingos y de cuantas otras se organicen con fines proselitistas, debe aprender a dialogar y hablar con la gente sobre temas religiosos y cuidar de ser él quien lleve la conversación para que el otro no pueda presentar contraargumentos. Finalmente debe dedicar una cierta cantidad de horas por semana para el servicio de campaña, es decir, para ir casa por casa, barrio por barrio, anunciando sus doctrinas. Hasta cuando esté enfermo o anciano debe servir a su organización. Puede escribir cartas de índole religiosa o testificar telefónicamente. Cuando entra a la organización renuncia a las relaciones amistosas y/o familiares: su vida de sociedad debe realizarse sólo entre los Testigos. Es un movimiento religioso que no tiene clérigos: todos sus miembros son predicadores. Quizá convenga aclarar que todos estos servicios los presta a cambio de poder vivir en el reino de los mil años, por obligación y no por amor a Dios. Es una religiosidad de obras y no de fe.

¿QUE PODEMOS, QUE DEBEMOS HACER NOSOTROS, LOS LUTERANOS?

Todos ustedes conocen seguramente la Estatua del Sembrador. Ya porque la han visto en una de sus numerosas copias que se encuentran en algún que otro bucólico parque, ya porque han visto su reproducción gráfica en algún que otro libro como ilustración. Pausadamente, con un lienzo anudado al cuello y sosteniendo el otro extremo con la mano izquierda, el sembrador camina sobre el campo recién arado. En el lienzo está la semilla que esparce acompasadamente con su mano derecha, mientras que las aves tratan de levantar una que otra semilla con su pico y en el horizonte se pone o sale el sol, de acuerdo al gusto del dibujante. Si los de mayor edad entre nosotros hacen memoria, quizás se acuerden haber visto a sus padres o abuelos sembrar de

modo semejante, allá lejos y hace tiempo. Si hoy sembrásemos de tal modo, de seguro que moriríamos de hambre. Hoy el colono debe trabajar con mayor eficiencia, debe emplear todos los métodos y mecanismos que la técnica actual pone a su alcance para sembrar mayor superficie en menor tiempo. Potentes tractores tiran de grandes sembradoras. En poco tiempo esparce más semilla. El cereal es el mismo. Las herramientas y el método han cambiado, se han adaptado a las actuales circunstancias.

Algo semejante debe pasar en la iglesia. El pastor de aldea que vivía en medio de la feligresía desaparece. Ya no todos sus vecinos son creyentes. La sociedad circundante ha perdido transparencia y el consenso de costumbres institucionalizadas ha variado o se ha roto. Los creyentes viven en otra situación sociológica, en la dispersión, en la diáspora. El creyente cumple diversos roles sociales en distintos lugares físicos: su rol de padre, de creyente, de vecino, de miembro de la sociedad de fomento, de socio del club de pescadores, de profesional, de militante político. En cada uno de esos roles puede adoptar una posición, una actitud diferenciada. El amoroso padre que con su familia concurre todos los domingos a la iglesia y es caritativo con los pobres, por la tarde, en la cancha de fútbol pide la cabeza de tal o cual jugador. Es el mismo señor que en su club de pesca muestra una tranquilidad a prueba de terremotos y en su partido político propicia los cambios más violentos a sangre y fuego. Esos roles los cumple en distintos lugares, en distintos momentos, muchas veces sin darse cuenta que unos se contradicen a otros y luego concurre al psicoanalista para que éste lo cure de sus traumas y alienaciones. Por todo ello la función del pastor debe ser repensada y replanteada. Si él fuese el sembrador, debe dejar el lienzo y subir al tractor para empuñar con firmeza su manubrio. ¿Quiénes tienen la función de tractor y sembradora? Los miembros laicos de su congregación. Todos debemos cambiar radicalmente las estructuras mentales que nos impiden ver el presente y el futuro, que nos impiden buscar nuevas formas de trabajo, nuevas formas de colaboración. Lo que no se mejora día a día deja de ser bueno. Así como en la industria, en el agro y en todas las otras actividades humanas se busca y obtiene día a día mayor eficiencia, así también la iglesia debe traba-

jar con eficiencia absoluta, porque esa es la voluntad del Señor. Los 9.528 bautizados y los 6.605 confirmados que entre 1948 y 1968 dejaron nuestra iglesia son datos hartamente elocuentes de la poca eficiencia de nuestro trabajo.

El hombre orquesta puede ser muy hábil en su interpretación. Puede ser eximio ejecutante de música clásica y popular. Sin embargo no sé de ninguno que haya podido acceder a una sala de conciertos. Entre una pieza ejecutada por un hombre orquesta y una orquesta, estoy seguro de ello, todos ustedes prefieren a la orquesta. ¿Por qué insistir entonces con el pastor-orquesta? Del pastor que cumple con todas las funciones dentro de la congregación debemos pasar a la congregación orquestada de tal forma que ella cumpla con las funciones bajo la conducción del pastor. Por muchos dones que tenga el pastor, no tiene tantos como la suma de los dones que yacen en la congregación esperando que se los despierte, que se los emplee en el servicio del Señor y de su Iglesia. Descubrir los distintos carismas y guiarlos productivamente, esa es la función del pastor de hoy y de mañana.

Saber delegar funciones es mucho más difícil que hacer la tarea mediocrementemente solo.

Hacer-hacer es mucho más difícil en un principio que hacer. Es más fácil trabajar como diez que hacer trabajar a diez. Por eso el pastor prefiere ser hombre orquesta a ser director de orquesta. La razón es sencilla. Cuando trabaja solo, basta que esté concentrado sobre sí, dominando imaginación y sensibilidad para centrarse en su tarea. Pero cuando se pretende la colaboración de diez, el esfuerzo de observación y tenacidad se decuplica. Y como todos sentimos el peso muerto de una naturaleza tarada por el pecado original rehuendo sistemáticamente el esfuerzo, la mayoría de los que deberían dirigir se lanzan por el camino fácil y trillado del mínimo esfuerzo, de trabajar ellos como diez, en lugar de hacer trabajar a diez.

Pero ¿dónde están los colaboradores laicos del pastor, que no se los ve? Están en la plaza del mercado, desocupados, esperando que se los llame a trabajar en la viña. En el capítulo cuarto de la carta a los Efesios dice Dios por boca de Pablo: "Y él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros pastores y maestros a fin de perfeccionar

a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo", es decir el deber mayor de los servidores profesionales de la iglesia es hacer "a los santos, al pueblo, más dispuesto y capacitado para el servicio, edificándose así el cuerpo de Cristo.

Si tenemos en cuenta que la preservación e implementación de la doctrina del sacerdocio real y universal se extiende al ministerio a todos los seculares, surge la pregunta: ¿Por qué no tenemos más miembros? Sugiero que delegados y pastores se hagan las siguientes preguntas:

1. Los cristianos de mi congregación ¿son débiles en su fe?
2. ¿Están convencidos que tienen obligaciones como mayordomos? Si no lo están ¿escucharon alguna vez lo que Dios dice de su misión y de su ministerio?
3. ¿Esperamos que los colaboradores potenciales se adelanten y ofrezcan espontáneamente su trabajo voluntario? Esta falta de voluntariedad ¿podría ser causada por timidez, por humildad o por ignorar absolutamente que hay tareas por realizar?
4. ¿O se ha creado acaso la impresión que el trabajo en la iglesia debe ser realizado por personal profesional, por comisiones electivas o por comités nombrados al efecto?
5. ¿O es la incapacidad y falta de voluntad de los líderes en delegar funciones, la que impide la colaboración voluntaria de los creyentes?
6. ¿Podría ser acaso que la congregación no tenga programas que requieran la participación de los laicos? ¿Qué hace el pastor en el caso que alguien se presente y le ofrezca colaboración, si la congregación no tiene programa de acción?
7. ¿Podría ser también que la congregación aparentemente marche bien, aun cuando muchos no colaboren? Esta impresión podría inducir a muchos a decir: "¿Por qué ofrecerme y servir, si todo marcha bien sin mi ayuda?"

8. ¿Se ha presentado claramente a todos los miembros el significado de lo que es ser discípulo? ¿De tomar la cruz y seguir a Jesús? ¿A todos? ¿A los viejos sostenedores y a los mirones? ¿A los nuevos miembros que se agregan por confirmación o por transferencia desde otras congregaciones? ¿Fueron invitados personalmente para colaborar con sus talentos?
9. ¿O es muy cerrado el círculo de líderes en nuestra congregación? ¿Permiten la práctica o las disposiciones estatutarias la perpetuación de una pequeña cámbula de líderes?
10. Finalmente cabe preguntar: ¿Cuáles son los objetivos concretos de la congregación? ¿Qué es lo que persigue realmente como iglesia? ¿Qué espera que suceda?

Es necesario convencer uno por uno, lentamente, a todos y a cada uno de los miembros de la congregación de cuál es la voluntad de Dios con respecto al sacerdocio real y universal. No basta con sermones y referencias esporádicas y sí, en cambio, es necesario el trabajo hormiga, el trabajo paciente de años y años. Tengamos en cuenta que debemos romper esquemas de pensamiento y estructuras mentales que nos vienen de siglos de iglesia clericalizada. La implementación del sacerdocio real y universal es una revolución en nuestra forma de actuar y de pensar.

No puede, no debe ser el pastor quien haga en la parroquia todo el trabajo de oficina, quien redacte todos los artículos de la revista parroquial, escriba los clisés y los imprima en el mimeógrafo.

No puede, no debe ser el pastor quien haga todas las llamadas telefónicas, todas las invitaciones, todas las visitas.

No puede, no debe ser el pastor quien necesariamente esté presente en todas las reuniones de todos los comités y subcomités, ligas de damas, caballeros y jóvenes, quien deba entretener a su congregación en programas festivos o quien deba decidir en última instancia el color con que pintar las ventanas de la capilla. Desgraciadamente en muchas congregaciones es así. Se espera que el pastor cumpla funciones que pueden ser desempeñadas tanto o mejor por

otros miembros. Después de todo, el pastor tiene una preparación especial para una función específica. Debe tener tiempo para estudiar y meditar, sin estar apremiado por tareas que otros pueden hacer en su lugar. Así actuaron los apóstoles en Hechos 6, 2-4. "No está bien que nosotros dejemos de predicar el mensaje de Dios para servir las mesas. Por eso busquen siete hombres de entre ustedes que sean de confianza, entendidos y llenos de Espíritu Santo y encárguenles este estrabajo. Nosotros vamos a seguir orando y enseñando el mensaje de Dios".

¿**Debe ser esto hecho hoy?** Sí, porque los laicos necesitamos oportunidades para fructificar, como lo dice el Señor en Juan 15, 16: "Ustedes no me escogieron a mí, yo los escogí a ustedes, y les he encargado que vayan y den muchos frutos y que este fruto perdure".

Los laicos tenemos muchas oportunidades de fructificar para el Señor Jesús en nuestra vida cotidiana, pero ¿qué sentido tiene privar al laico de las múltiples posibilidades de fructificar al servicio directo de la iglesia?

Es necesario hacer participar al laico porque el pastor debe **multiplicar** su ministerio. La iglesia es demasiado importante como para dejarla en manos de los pastores.

¿**Puede ser hecho hoy?** Sí, siempre y cuando el pastor haga un serio y continuo esfuerzo en dejar de lado su modalidad del "Do-it-yourself" o "Hágalo usted mismo", modalidad ésta que florece tan fácilmente en el ministerio parroquial. Pastores hay que desempeñan todas las tareas porque afirman: 1º "Si no lo hago yo, nadie lo hará"; y 2º "Si no lo hago yo, nadie lo hará bien". Resultados: 1) La parroquia cree que todas esas tareas son propias del sagrado ministerio; 2) El pastor sucumbe ante el exceso de trabajo y deja la parroquia libre para un sucesor. ¿Hay una alternativa? Sí: El pastor debe cambiar de actitud, debe dejar la sicología del "Do-it-yourself" y comenzar con el entrenamiento de laicos para el servicio. Ello toma por supuesto tiempo y esfuerzo, mucho tiempo y mucho esfuerzo al principio. Pero sobre la marcha se nota cada vez mayor entusiasmo entre los laicos y más tiempo para el pastor para cumplir otras funciones.

Por supuesto que habrá algunas tareas hechas defectuosamente, pero, recordemos: se aprende haciendo; Roma no se edificó en un día.

¿Puede ser hecho hoy? Sí, siempre y cuando el laico cambie su actitud de: "Aquí no hay nada para hacer". Con el transcurrir del tiempo se desarrolló la idea de que el trabajo en la iglesia es cosa exclusiva del pastor y que para el laico no hay campo de acción, ya que no posee el necesario "know how" o "saber cómo se hace". Ello carece de fundamento. Hay muchas cosas que el pastor hace sin haber sido entrenado en el seminario, en el sentido de haber sido entrenado intensivamente para ello. Muchos pastores aprendieron hacerlo en la escuela de la experiencia, aprendieron haciéndolo. Del mismo modo los laicos pueden aprender haciendo, siempre y cuando descarten la actitud "No es de mi incumbencia"; y siempre y cuando reconozcan la ventaja que significa el entrenamiento y la conducción del pastor.

¿Puede ser hecho? Sí, siempre y cuando las congregaciones, bajo la guía y conducción de su pastor, desarrollen un programa definido de acción, un programa con objetivos concretos y precisos, un programa susceptible de evaluación. Esta es una de las mayores deficiencias de nuestras congregaciones y de la I.E.L.A. No hay programa con objetivos claramente enunciados para cada año y para cada período de años. Podrá objetar alguien: La iglesia tiene un programa, un objetivo: "predicar el Evangelio". Sin embargo, el objetor se vería en serios aprietos si repentinamente un miembro le dice: "Sr. Pastor yo quisiera servir activamente en la obra del Señor, de acuerdo a mi capacidad. ¿Qué puedo hacer?" Si los laicos deben servir en la iglesia, deben saber qué hacer, dónde ir a trabajar. Esto implica planificación, programación del trabajo, implica la existencia de un marco de referencia. Planificar la obra de la congregación no es demasiado difícil: El pastor y los conductores de la congregación deben tomar sus lápices y mucho papel y responder con sinceridad estas preguntas: ¿Qué quiere el Señor que nuestra congregación haga aquí y ahora, en este medio ambiente en que le toca actuar? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Quién hará la tarea? Las respuestas a las tres primeras preguntas

señalarán las tareas que debe cumplir la congregación y la respuesta a la cuarta pregunta señalará qué trabajos debe realizar el pastor, de acuerdo a su llamado y qué trabajos corresponden hacer a los laicos, merced a su "sacerdocio real". Cuando estos pasos han sido tomados, la formulación de un programa de acción es tarea fácil. Algo más difícil es conseguir la participación de los miembros activos. Frecuentes sermones sobre mayordomía cristiana y sobre el significado del "sacerdocio real y universal" cambiarán la mentalidad de muchos. Si el pastor y los miembros del consejo directivo invitan a todos los miembros, uno por uno, y asignan las tareas de acuerdo a los dones y a las posibilidades de cada miembro, lograrán la participación de muchos. Si no se dejan vencer por las dificultades y los fracasos iniciales, si evalúan los resultados y corrigen los errores, lograrán la activación de la congregación. No todos los problemas se resuelven de inmediato. Hay que persistir. No se debe cometer el error de abandonar cuando no se consigue el 100 % del éxito. Una vez comenzado, persistir es todo.

¿Qué tareas puede desempeñar un laico en la iglesia?

Mucho se habla y escribe sobre la falta de vocaciones religiosas. Se habla de seminarios vacíos y de parroquias vacantes como de una cosa grave, de una falencia gravísima. Se pinta un cuadro muy sombrío para la iglesia del futuro. **En la medida en que dejemos determinar nuestra postura por imágenes del pasado, confundiremos el número decreciente de clérigos con una auténtica falta de pastores.** Si somos de los que piensan que cualquier tipo de función administrativa eclesiástica debe ser ejercida por clérigos; si somos de los que piensan que todas las clases de religión y de estudio bíblico corren a cargo de sacerdotes; si pensamos que cada congregación de doscientas almas debe tener su propio pastor, es lógico que hablemos de una falta de pastores, de falta de vocaciones en la iglesia.

La falta de vocaciones trae consigo algo muy positivo: que los laicos tienen que aceptar por fuerza, inevitablemente una serie de funciones eclesiales, que, por otra parte les corresponden a ellos como laicos. Los pastores deben delegar funciones que con el correr del tiempo se han apropiado

en perjuicio de los seculares. La revalorización del laico dentro de la iglesia de hoy no es ni mucho menos una especie de parche o una venda para sanar la herida de la carencia de vocaciones que sufre el Pueblo de Dios. En realidad es algo muy distinto. Más bien se trata de una nueva conciencia nacida en el interior de la iglesia que se ve a sí misma como Pueblo de Dios, constructor de una comunidad por medio de sus miembros, misiones y servicios, constituyéndose a sí misma como comunidad viva. La falta de vocaciones pastorales significa la reaproximación a la iglesia primitiva, la iglesia de los apóstoles. La falta de vocaciones evita minusvalorar la fuerza otorgada a los seculares por el Espíritu Santo, fuerza que no se puede desarrollar en una iglesia profundamente clericalizada. Partiendo desde aquí, deberíamos replantear la pregunta y decir: ¿Qué funciones no deben estar a cargo de los seculares? Sabemos que hasta el siglo IV o V de nuestra era, los laicos predicaban en las iglesias recién cuando la iglesia se integró al estado, cuando se hizo parte del imperio bizantino, entonces se prohibió la predicación a los seculares. Sabemos también que la mayor parte de los que fueron ordenados como pastores en la iglesia de Santa María, en Wittenberg, en los comienzos de la Reforma, eran seculares sin estudios teológicos a nivel académico; estos y otros antecedentes indican que los laicos pueden desarrollar todas las tareas de un pastor, si ello no afecta el buen orden y funcionamiento de la congregación. Es decir siempre dentro de los límites y de acuerdo a las necesidades del lugar y del momento. Es doctrina luterana que un laico puede conducir un culto allí donde no pueda hacerlo un pastor ordenado. Ello no implica una competencia con los pastores ordenados, sólo una complementación. Un pastor con una parroquia grande, con muchos lugares de predicación debería poder recurrir a predicadores laicos. Lo que se debe hacer es invitar a hombres idóneos, capacitarlos, entrenarlos y recurrir a ellos cuando y donde fuere necesario. Los laicos pueden predicar si están en la buena doctrina, si están capacitados para hablar en público en general y si son invitados por la congregación hacerlo. Pero esta no es la única actividad del secolar al servicio de su iglesia. Esta actividad será la mayoría de las veces la excepción y no la regla. Como regla general, los laicos tienen un campo de

acción vasto en el evangelismo, la mayordomía cristiana, educación cristiana y en el servicio social.

La mayordomía cristiana es la correcta administración de todos los dones, de todos los bienes que Dios nos ha dado. Durante su vida en la tierra el Señor realizó algunos milagros, pero las más de las veces usó los medios normales para realizar las cosas que debía hacer. Previo a su ascensión a los cielos encomendó a cada creyente la expansión del evangelio. El Señor está en el Cielo, pero también en la tierra, en todos aquellos que creen en él. A través de ellos él quiere obrar. Somos sus ojos, sus oídos, sus manos, sus pies, sus labios, sus herramientas. El total de la obra realizada depende primeramente de Su gracia y luego del total de tiempo, energía y dinero que su gente, sus creyentes ponen a disposición de la causa del Señor. Él no pide el diezmo, diez por ciento de nuestras entradas: él pide nuestra entrega total, nuestra vida. Cuando un hombre se transforma en creyente, todo lo que es y todo lo que tiene ingresan al reino de Dios. Estas posesiones son los recursos con que opera la iglesia cristiana, la personalidad, el tiempo, el talento, el dinero. En una economía monetaria como la nuestra los pesos también entran. No podemos dar nuestras vidas y mantener nuestros pesos fuera del reino. Pero tampoco podemos mantener fuera nuestro tiempo: podemos colaborar visitando a enfermos o futuros nuevos miembros, a miembros poco activos, imprimir los periódicos y folletos de la congregación y repartirlos, hacer el trabajo de la oficina congregacional. Un efectivo programa de actividades, un programa real, mostrará donde el creyente puede invertir sus dones al servicio de Dios y su Iglesia.

El evangelismo es la introducción del evangelio a los corazones de los hombres con la ayuda del Espíritu Santo con la finalidad de ganar a los no salvados para Cristo, mantener a los salvados en Cristo, llamar a los apóstatas a volver a Cristo y enviar creyentes como testigos de Cristo en sus vidas diarias y en los esfuerzos organizados por la congregación local.

El Evangelismo tiene una doble función, **profundizar** la vida espiritual del creyente y **llevar** a las otras ovejas al gran Pastor de almas.

El Evangelismo nunca debe ser una campaña periódica o una actividad separada de la vida congregacional. No puede ni debe ser una actividad periódica para ganar más miembros, sino una actividad constante para ganar más almas por las que Cristo murió.

El Evangelismo es la savia vivificante de la congregación. El evangelismo debe saturar cada aspecto de la obra y del mensaje congregacional. Esto es en obediencia a quien dijo "Ven y ve", y "Anda y diles".

Desde que el Evangelismo no debe ser una actividad opcional ni periódica, debe ser la tarea esencial y continua. Un programa intensivo de evangelismo debe ser una función oficial de cada congregación, tan oficial como la realización de los cultos y la administración de los Santos Sacramentos por parte del Pastor. No hay opción. No es actividad opcional. En cada congregación debe haber un comité de evangelismo. Su finalidad es organizar y llevar a cabo un programa intensivo y constante de Evangelismo. Ese comité es responsable de su ejecución. De otra manera el evangelismo no será más que una actividad sumamente esporádica, una actividad intrusa en la vida congregacional.

La iglesia es pueblo, pueblo de Dios. Hoy por hoy, la iglesia está buscando redefinir su relación verdadera con Dios, con el individuo y la sociedad. Tanto o más importante es reconocer que los laicos no son un apéndice, sino la punta de lanza más efectiva de la iglesia en el mundo. La iglesia romana busca reconquistar las masas de diversas maneras. Una de ellas es la preparación de curas-obreros, curas que van como obreros a las fábricas, se insertan en la vida laboral y desde allí tratan de influir y espiritualizar al mundo. Este movimiento de curas obreros ha tenido un mayor o menor éxito en diversos países. Sin embargo el movimiento de obreros-curas, obreros pastores es aún mucho más efectivo, el movimiento de los obreros, de los laicos que en sus lugares de trabajo habituales dan testimonio de la presencia del Redentor.

No hay terreno neutral con mayor potencial evangelístico que el mundo del trabajo en el que la iglesia está representada por los incontables creyentes. Pero para que esa penetración al mundo sea efectiva, los miembros laicos deben ser previamente capacitados, entrenados. Sin ello no hay

penertación. El desafío es demasiado grande para el pastor solo. Él no puede llegar, por muchas razones a todos los lugares y todos los hombres. Hay muchas barreras, de carácter socio-cultural o simplemente de tiempo que se lo impiden. El desafío es demasiado grande para el pastor solo. Esa no es la intención de Dios. Su intención es que cada cristiano testifique espontáneamente en **todo lugar y en todo tiempo**. Esta intención divina logró cambiar al mundo pagano en su época. Así también debe operarse un cambio de mentalidad en la iglesia oficial, su clerecía y también en los laicos. La actitud de clérigos y laicos debe cambiar. En virtud de su trasfondo cultural y sus hábitos muchos pastores son incapaces de ceder a los laicos otra cosa que los trabajos serviles y de rutina. Esto implica un largo proceso de reeducación tanto del pastor como del laico. El uno debe aprender a ceder responsabilidades reales y el otro a aceptarlas.

La Educación Cristiana es otro campo de acción propicio para el servicio de los laicos. La iglesia debe enseñar o morir. La iglesia se hizo al compás del ministerio docente de Jesús, su cabeza. La iglesia primitiva adoctrinó a todos sus miembros. Cuando el adoctrinamiento cesó a cambio de las conversaciones masivas, logradas muchas veces por la fuerza de las armas y valgan como ejemplo: la conversión de los sajones una vez dominados por Carlomagno, o la cristianización superficial de los indios en América, la vida cristiana perdió vigor. No hay tarea más importante en la Iglesia Luterana que la enseñanza cuidadosa y sistemática de las Sagradas Escrituras en la escuela dominical, la escuela bíblica de vacaciones, las clases de confirmandos, los estudios bíblicos para la juventud y los adultos. Esta tarea es suprema y en ella deben participar laicos como docentes, guiados y entrenados por el pastor. La educación cristiana debe ser una educación permanente. La educación cristiana no puede ser delegada en educadores profesionales, aun cuando se necesita su experiencia profesional y su conducción. Una iglesia donde todos los miembros comulgantes educan, ya sea en el hogar, en clases de Estudio Bíblico, en los grupos sociales, es una iglesia docente, una iglesia que fructifica bienamente.

En el libro de Hechos se relata cómo los Apóstoles reunieron fondos para socorrer a los necesitados en Jerusalén

y cómo se nombran a siete diáconos para que administren el socorro a los necesitados para que nadie sufra penurias. También hoy un vaso de agua dado en el nombre de Jesús puede surtir más efecto que el mejor de los sermones. El servicio a los demás, a los necesitados, es la consecuencia lógica de la fe. Lutero decía: Nadie debe decir a un árbol frutal que dé frutos. Él fructifica por sí mismo. Así un Cristiano debe producir los buenos frutos de la fe.

Suponiendo que la congregación quiera asumir responsabilidad y testificar su fe por medio de los frutos del amor, todos concuerdan que de alguna forma el servicio social debe ser organizado. La tarea de todos se transforma muchas veces en la tarea de nadie. Por ello la congregación encarga la tarea a uno o a varios miembros laicos, para que ellos velen por el bienestar de los hermanos necesitados y por los necesitados de la comunidad. Este servicio requiere igualmente capacitación y entrenamiento. No es lo mismo socorrer a una persona anciana que a un desempleado, no es lo mismo socorrer a un huerfano que a un enfermo.

En el transcurso del tema desarrollado se hicieron muchas referencias a capacitación laica y a entrenamiento.

Hace ya algún tiempo mi pastor invitó desde el altar, en el momento de comunicar las notificaciones, a los miembros de mi congregación hacernos presentes un sábado por la tarde en la iglesia para repartir tratados en el barrio. El viejo Adán inmediatamente se hizo presente. "Oye, tú ya haces suficientes cosas en la congregación. Deja pasar la invitación. El pastor se refiere a todos los otros". Debí haber hablado a muchos, muy pocos miembros se hicieron presentes. Si me hubiese invitado personalmente, cara a cara, es muy probable que hubiera concurrido. Pero hay más. Una cosa no dejó de dar vueltas en mi cabeza. ¿Cómo voy a repartir tratados? ¿Qué le digo a la gente? ¿Cómo me aproximo a la gente? Por supuesto no puedo hablar de bienes perdidos. Recitar dos o tres verdades bíblicas no basta. Hace falta cierta técnica". Tengo una experiencia muy anterior como vendedor ambulante. Siendo estudiante secundario conseguí una changa como vendedor domiciliario. La empresa que me contrató, me entrenó antes de salir a la calle. Debí aprender cómo se saluda al futuro cliente, cómo debía presentarme y cómo poner el pie en la puerta para

que no la pueda cerrar de golpe el dueño de casa, entre otras cosas.

Las empresas que contratan personal, en sus anuncios prometen generalmente un tiempo de entrenamiento. La iglesia, ¿qué hace? Se oye decir muchas veces: "Me eligieron como miembro de la comisión directiva pero no tengo la más mínima idea de lo que debo hacer". Para remediar esto se puede hacer lo siguiente: Proveer a cada miembro de una comisión o comité con un sobre que contenga materiales impresos, guías, manuales, boletines y planes sobre la tarea respectiva. También se pueden destinar 15 a 30 minutos de cada reunión de comité para discutir en forma concreta y constructiva algún tópico relacionado con el trabajo del reino. Lo mismo se puede hacer con las reuniones de miembros votantes. Igualmente se pueden organizar breves cursos de capacitación para todos los miembros de comités y grupos de líderes.

Otra forma de capacitación son seminarios o talleres de capacitación organizados por varias congregaciones vecinas durante uno o dos días, para los líderes de las congregaciones, con oportunidades de intercambio de ideas y experiencias, empleando las modernas técnicas de dinámica grupal.

Otra forma es la enseñanza por correo, organizada por un departamento de la Iglesia. El departamento prepara el material, lo imprime y lo envía a los miembros laicos interesados. Estos lo leen y en reuniones periódicas con su pastor local lo discuten y comentan y el pastor toma las pruebas de evaluación y se las envía al departamento respectivo para su ulterior procesamiento.

¿Qué laicos pueden capacitarse? Todos los que tengan un mínimo de inteligencia y que sepan leer y escribir. Debemos pensar siempre que el laico debe actuar primordialmente en su medio natural. Tiene poco sentido práctico capacitar a un obrero manual para que evangelice a los universitarios, así como enviar a un universitario a evangelizar a una villa de emergencia. No que no se pueda ni se deba. Simplemente es poco recomendable. Los laicos de cada congregación son los más aptos para su capacitación y entrenamiento para actuar en su medio natural.

¿Qué materias deberían integrar un buen curso de capacitación laica? Aquí ya se presentan algunas dificultades: ¿qué materias dejar fuera? La selección de materias depende de los objetivos perseguidos. Fundamentalmente: Introducción bíblica, mensaje del Antiguo Testamento y Mensaje del Nuevo Testamento, Doctrina Cristiana, Vida y Misión de la Iglesia, Ética Cristiana, Historia de la Iglesia contemporánea, Oratoria, predicación, preparación de sermones, interpretación y técnica del estudio bíblico, dinámica de grupos y muchas otras más. Es necesario un cambio de estructuras mentales y de actitudes. Debemos abandonar las estructuras impuestas a la Iglesia por Bizancio y por Roma para volver a la iglesia primitiva. Debemos abandonar el status quo para volver a la iglesia dinámica y expansiva. Debemos dar más importancia a la ortopraxis, sin abandonar por ello la ortodoxia. El cambio de estructuras mentales y de actitudes debe significar que todos y cada uno de los miembros de la iglesia debe dar testimonio del Cristo crucificado en la causa de los pecados del mundo. Nuestros pastores deben dejar de ser hombres orquesta para ser factores de multiplicación. Deben cuidar de que sus sermones no sean un mero verbalismo hueco, carente de contenido real, como sucede lamentablemente no pocas veces, para enseñar a sus feligreses sus deberes y obligaciones. Deben abandonar su torre de marfil, donde se encierran tan fácilmente, para retomar el diálogo con los miembros de la congregación, educándolos para el servicio de Dios. Deben acortar las distancias que los separan tantas veces de los corredimidos por la Sangre del Cordero, para recuperar la confianza perdida del rebaño. Sólo así la iglesia dejará de ser del Mundo para estar en el Mundo! Quiera el Buen Señor bendecir a todos nosotros para que cumplamos su voluntad.